



Capítulo 624: Cuatro días.

Sepphirothy abrió la puerta secreta que daba acceso a su territorio privado en el inframundo. Era una casa aislada, construida lejos de cualquier ciudad demoníaca. Ningún demonio común conocía la existencia de ese lugar. Capas de barreras, sellos y runas lo protegían todo, invisibles pero activos en todo momento.

Entró llevando a Lilith en brazos, como si fuera una princesa. El cuerpo de Lilith estaba débil, magullado y sin respuesta. Su respiración era superficial. Su piel, pálida. Sus ojos cerrados. Todavía parecía más muerta que viva.

Sepphirothy no dijo nada. Simplemente caminó recto por el pasillo principal.

Neberius la seguía de cerca. En silencio. Sin atreverse a preguntar nada. Solo observaba cómo Sepphirothy sostenía a Lilith: con firmeza, con cuidado, pero con una especie de tensión que dejaba claro que no quería que la contradijeran.



La casa era sencilla. Pocos muebles, todo organizado. Sin decoraciones innecesarias. Era un lugar hecho para descansar, no para recibir visitas.

Sepphirothy llevó a Lilith a una habitación trasera y la acostó en la cama. Le ajustó la almohada y comprobó su respiración como si estuviera evaluando una herida común.

«Está bien», dijo Sepphirothy con un suspiro, «pero dudo que yo sola pueda estabilizarla y darle suficiente energía demoníaca». Dijo y miró a Neberius: «Eso es todo por hoy», dijo con calma.



Sepphirothy se quedó de pie junto a la cama. Lilith no se movía. Su respiración era casi imperceptible.

Neberius cruzó los brazos, manteniendo cierta distancia.

—¿Cuánto tiempo tardará en despertar? —preguntó sin rodeos.

Sepphirothy miró a Lilith durante unos segundos antes de responder.

—Semanas.

Neberius frunció el ceño. «¿Todo ese tiempo?».

«No tiene energía demoníaca», respondió Sepp. «Ni siquiera el 0,1 % de la que debería tener. Su cuerpo solo funciona porque no sabe cómo morir por completo».



Neberius soltó un profundo suspiro. «Y eso va a ser un problema».

«Lo será», asintió Sepphirothy, ajustando de nuevo la sábana alrededor de Lilith. «Para llegar al 5 %... llevará mucho tiempo. Tendré que suministrarle energía casi todos los días».

Neberius observó la forma en que hablaba: directa, pero con una extraña concentración. Como si estuviera lidiando con algo demasiado importante como para ser cuestionado.

«¿Estás segura de esto?», preguntó Neberius. «Sabes que nadie lo aceptará bien cuando descubran quién es ella».

Sepphirothy no volvió la cara. Siguió mirando a Lilith, inmóvil en la cama.

«Lo sé».

«¿Y realmente crees que podrás controlarla cuando recupere sus fuerzas?».

«Sí».

Neberius arqueó una ceja. —Es una convicción peligrosa.

—No te estoy pidiendo tu aprobación.

Neberius se quedó en silencio durante un momento. Luego, hablando más suavemente, dijo:

—¿Por qué haces esto?

Sepphirothy finalmente levantó la vista.

—Porque así lo he decidido.

Eso no respondía a nada y, al mismo tiempo, lo respondía todo. Era típico de ella.

Neberius respiró hondo, resignado.





—Entonces estaré atento. Alguien tiene que asegurarse de que no pierdas el control de la situación.

Sepphirothy asintió levemente.

—Haz lo que quieras. Pero a partir de ahora, nadie sabrá que ella está aquí. Ni amigos. Ni aliados. Nadie.

Neberius asintió.

Los dos permanecieron en silencio durante unos instantes, observando la figura inmóvil en la cama.

Finalmente, Neberius dijo una última cosa antes de salir de la habitación: «Espero que seas consciente del peso que estás cargando».



Sepphirothy respondió sin dudar: «Lo soy. Y lo afrontaré». Neberius cerró la puerta tras de sí. Sepphirothy permaneció allí, sentada junto a la cama, sin mover un músculo. Lilith seguía exactamente igual. Débil. Débil.

Y, sin embargo... Sepphirothy no apartó la mirada ni un segundo.

Sepphirothy se quedó mirando a Lilith tumbada allí durante unos segundos. Su respiración era débil. Su cuerpo apenas reaccionaba. Solo lo mínimo para demostrar que seguía viva.

Después de que Neberius saliera de la habitación, cerrando la puerta en silencio, Sepphirothy acercó una silla y se sentó junto a la cama. Su rostro no mostraba emoción alguna, pero sus dedos se movían sin cesar, como si estuviera conteniendo algo en su interior.



Habló en voz baja, pero con firmeza. —Padre murió hace mucho tiempo, madre.

Lilith no se movió.

Sepphirothy continuó: «Ya no volverá a tocarte. Ni a darte órdenes. Ni a utilizarte. Eso se ha acabado».

Apartó suavemente un mechón de pelo de la frente de su madre.

«El Lucifer actual... es tu nieto. No tiene nada que ver con el otro. No es una copia. No es un reflejo. No tiene esa podredumbre».

Silencio durante unos segundos.

«Ni siquiera sabe que existís todavía. E incluso cuando lo sepa... no te hará daño. No es el tipo de monstruo que era mi padre».

Sepphirothy respiró hondo, como si estuviera organizando sus siguientes palabras.

«Siento mucho no haberte protegido. Por dejar que te hiciera todo eso. Por ser demasiado débil para detenerlo».

Acercó lentamente su rostro. No había tensión, ni vergüenza. Era solo un gesto directo, sencillo, casi clínico.





Sepphirothy presionó sus labios contra los de Lilith. Un breve contacto... el método más rápido y eficaz de transferencia.

La energía demoníaca pasó como un hilo cálido, descendiendo desde la boca de Sepphirothy hasta el cuerpo casi vacío de Lilith. La piel de Lilith reaccionó con un brillo tenue, casi imperceptible, pero suficiente para demostrar que había funcionado.

Sepphirothy se apartó y se limpió la boca con el pulgar.

«Esto es solo el principio. Tardará semanas... pero volverás». Se levantó.
«Esta vez, sin nadie que te haga daño».

...

Katharina estaba tumbada en la cama, pero no descansaba. El aire acondicionado de la habitación emitía un zumbido suave y constante, pero eso no ayudaba en nada. Se giró hacia un lado. Se detuvo. Respiró hondo. Se giró hacia el otro lado. La almohada le parecía dura. El colchón le resultaba extraño. La habitación estaba demasiado silenciosa. Y su cabeza no dejaba que nada se calmara.



Siempre era la misma frase la que le venía a la mente, como un eco atrapado dentro de su cráneo.

«No quiero una madre así».

Lo había dicho. En voz alta. Mirando directamente a su madre. Recordaba perfectamente la expresión de Sapphire. La sorpresa. Luego la ira. Luego la frustración. Y luego ese silencio, tan denso que se podía cortar con un cuchillo.



Y ella simplemente huyó. Sin pensar. Sin mirar atrás.

Katharina apretó los ojos con fuerza, frustrada consigo misma. «Idiota...», murmuró, dando otra vuelta en la cama. La lencería transparente que llevaba puesta era cómoda, ligera, pero incluso eso parecía irritarla. Nada estaba bien. Nada encajaba. Estaba atrapada en ese recuerdo, reviviendo la pelea una y otra vez.

«Soy tan estúpida...», murmuró de nuevo, subiéndose la sábana hasta la cintura.

Pero no había sido solo la frase. Era todo lo que había venido antes. Sapphire hablando así. Tan descarada. Tan vergonzosa. Tan... intensa. Ese comentario sobre querer compartir la intimidad con ella y Vergil. Eso había sido demasiado. Incluso para los exagerados estándares de su madre. Pero Katharina sabía, en el fondo, que Sapphire no lo había dicho para herirla. Sapphire hablaba a su manera, sin ningún filtro, especialmente cuando estaba borracha.



Aun así... le dolió. Y ella respondió de forma equivocada. Por impulso. En estado de shock.

Y ahora estaba allí. En una habitación de hotel en el Caribe, lejos de todo, huyendo del problema como una idiota.

Le dio la espalda a la puerta. Se quedó mirando la pared blanca durante unos segundos, respirando lentamente, tratando de calmar su pecho, que insistía en oprimirse.

Necesitaba dejar de pensar en ello. Necesitaba dormir. Necesitaba olvidar. Necesitaba...



TOC, TOC.

Katharina se quedó paralizada al segundo golpe. No esperaba a nadie. No había avisado a nadie. No había dejado rastro. Había elegido ese hotel precisamente porque era apartado, discreto y nadie de su círculo más cercano debía saber dónde estaba.

Se incorporó lentamente, escuchando para ver si el sonido se repetía.

Toc.

Toc.

Toc.

Esta vez más fuerte.



Cerró los ojos. No sabía por qué, pero sintió un escalofrío recorriendo su cuello. Un escalofrío extraño. Familiar. Deslizó las piernas fuera de la cama y se puso de pie. La lencería transparente apenas ocultaba nada, pero ni siquiera pensó en ello. Caminó descalza hacia la puerta, sintiendo el frío suelo bajo sus pies.

Su mano se detuvo un momento sobre el pomo de la puerta. No sabía qué esperar. Una parte de ella pensaba que era el servicio de habitaciones. Otra parte pensaba que solo era algún empleado que había llamado al número equivocado.

Pero algo... en lo más profundo de su ser... le decía que no era eso.



Abrió la puerta.

Y todo su cuerpo se paralizó.

Vergil estaba allí.

De pie en el pasillo. La luz amarilla del hotel brillaba sobre sus hombros. Su ropa estaba ligeramente arrugada por el rápido viaje. Tenía el pelo revuelto. Su pecho subía y bajaba lentamente, pero con fuerza. Y sus ojos... rojos. No brillaban con normalidad. Brillaban como los de alguien que aguanta demasiado de golpe.

Katharina parpadeó dos veces, demasiado sorprendida para cerrar la puerta, correr, gritar o hacer cualquier otra cosa.

Simplemente se quedó allí, mirándolo.

Incapaz de contenerse, sus labios se curvaron en un puchero casi infantil. Su cuerpo se relajó como si hubiera reconocido algo demasiado importante. Sus hombros se encogieron y dejó escapar un suspiro tembloroso, cargado de alivio y vergüenza acumulada.

«¿Por qué has tardado tanto... marido...», murmuró con voz baja y ahogada.

No era una provocación. No era encanto. Era solo sinceridad pura escapando de sus defensas.

Vergil no respondió de inmediato. Se quedó quieto, mirándola de arriba abajo. El destello rojo de sus ojos saltó una vez, como si estuviera conteniendo algo enorme en su interior. Apretó la mandíbula.





Un segundo. Dos. Tres.

Katharina sintió que se le revolvió el estómago.

Realmente estaba nervioso. Muy nervioso. No del tipo explosivo, sino del tipo tranquilo y concentrado. Del tipo que significaba que había cruzado medio mundo a toda prisa.

Por ella.

Vergil respiró hondo. Y cuando abrió la boca, su voz sonó baja, firme, con ese tono que tenía cuando estaba más preocupado que enfadado.

—¿Por qué te escapaste durante cuatro días?

Katharina sintió que el corazón le latía tan fuerte que le dolía. Se le hizo un nudo en la garganta. Las piernas se le debilitaron. Y la vergüenza volvió de golpe. Huir había sido una estupidez. Y ella lo sabía. Pero oírse lo decir en voz alta... oírle contar los días...

Le quemaba.

De la forma correcta. De la forma en que recordaba que él la llamaba.

—¡Marido! —dijo, saltando y abrazándolo.

